

ala delta

Arturo USLAR PIETRI

**EL CONUCO  
DE TIO CONEJO**



¿Cómo infundir ánimos a un niño pequeño? Una de las maneras es contarle la historia de tío Conejo, capaz de ganar al mismísimo tigre. Arturo Uslar Pietri es un conocido novelista venezolano, cuya obra está basada en la historia y en las leyendas de su tierra.

# EL CONUCO DE TÍO CONEJO

Arturo Uslar Pietri

En los pueblos, en los caseríos, en los solitarios ranchos que hilan su humo azul en la tarde de los cerros, a todo lo ancho de la tierra venezolana, a la hora en que la vida se aquieta, empiezan a andar en las imaginaciones Tío Conejo, Tío Tigre y otros animales parecidos a los hombres.

Lo cuentan los peones que regresan de la tarea, lo cuentan las mujeres campesinas y lo oyen los niños, descalzos, prietos, anhelantes.

Todo es sorprendentemente maravilloso y todo se parece a una esperanza. Y pueden repetirlo mil veces, mil tardes, hasta que el cielo se llena de estrellas, sin que les parezca que ya lo saben, que ya han llegado a saber enteramente todo lo que allí se encierra. Porque lo que allí se encierra se parece a algo que les pertenece tanto como sus vidas.

Tío Conejo es pequeño, temeroso, siempre está como agitado de angustia, con el hocico y el bigote trémulos, pero con los grandes ojos avizores llenos de maliciosa inteligencia.

Y, naturalmente, Tío Conejo tiene un conuco. Un conuco no muy bueno. Como cualquier otro. Un pañito de tierra que le han asignado en una ladera de la hacienda. Unas cuantas matas de plátano, un poco de maíz y de yuca y un copudo y hondo cotoperiz, debajo del cual se amparaba el ranchito.

Y una mañana, cuando el sol empezaba a calentar, Tío Conejo, en lugar de limpiar la siembra y aporcar las matas, en vez de ir a coger una tarea en la hacienda, en vez de irse

a la pulpería del pie del monte a jugar bolas y tomar su trago de aguardiente con amargo, se encaminó hacia el pueblo.

Algo tramaba, que se le veía en el inquieto brillo de los ojos.



Llegó a la puerta de la casa de Tío Loro. Desde el zaguán oyó las grandes voces con que dictaba la clase a sus discípulos:

—Un real... Un real... Real con erre..., con erre...

Tío Loro era maestro de escuela y poeta.

Al oír el llamado de Tío Conejo salió balanceándose sobre sus cortas patas. La alborotada melena verde le cubría los ojos.

—Caro amigo... Caro amigo... —dijo aleteando con entusiasmo.

Tío Conejo, con maneras muy taimadas y aparentando que no mentía, le dijo:

—Por aquí vengo, Tío Loro, con una gran necesidad. Mi hermano, que vive en el pueblo de Masallá, me ha mandado un recado de que está muy enfermo y me necesita. Y tengo que irme, Tío Loro, y dejar todo. Tengo que dejar mi conuquito. ¡Y tan bueno que está! Tío Loro lo miraba con asombro y compasión.



—Pero esta mañana me dije:

«Si tengo que irme, le dejaré mi conuco a quien lo pueda apreciar». Mi conuco vale como treinta pesos. Y yo sé, Tío Loro, que usted ha compuesto unos versos muy bonitos en que dice:

«Mi felicidad, para el campo, y no para la ciudad». ¿No es así? Ya ve que me acuerdo de lo bueno.

Tío Loro movió airosamente su melena con orgullo, mientras oía.

—Y yo dije:

«Nada, mi conuco es para Tío Loro. Para él nada más, y no por treinta, ni por veinte, sino por quince pesos». ¿Qué le parece?

El poeta no disimulaba el codicioso interés que se le iba despertando:

—Quién sabe. Quién sabe. No estaría mal. Por ayudar al bueno de Tío Conejo. Para que pueda ir a cuidar de su hermanito. Quién sabe.

—Nada de quién sabe, Tío Loro. Hay muchos que quieren comprarlo, y si no les digo que ya se lo vendí a usted, tendré que vendérselo a ellos. Eso sí, yo pongo una condición: me da el dinero por adelantado ahora mismo, y usted no irá a recibir el conuco sino dentro de tres días, que es cuando me voy y estará lista la cosecha.

Tío Loro accedió a todo. Sacó sus quince pesos relucientes y los fue poniendo uno a uno en las peludas manos de Tío Conejo.



Y mientras regresaba a su clase frotándose las verdes plumas, dijo:

—Dentro de tres días estoy allá, Tío Conejo. Dentro de tres días.

Tío Conejo salió a la calle, metió el dinero en el fondo de un zurrón y en lugar de ir a hacer compras o de regre-

sarse, se dirigió a la casa de Tía Gallina.

Era la posada del pueblo. Viajantes y arrieros entraban y salían por la ancha puerta. Siempre había una mula atada al poste y un arreo de burros cabizbajos. Y Tía Gallina, acompañada de sus numerosos hijos, con muchas voces y aspavientos, atendía a todos.



Siempre estaba caminando, hablando y riendo.

En cuanto vio a Tío Conejo se le abalanzó, aturdiéndolo a saludos y preguntas:

—¿Qué buen viento lo trae, Tío Conejo? Cuánto gusto. ¿Se queda a almorzar? ¿Va a pasarse el día? ¿Quiere un

cuarto? ¿Trajo bestia?

Cuando pudo Tío Conejo, le dijo:

—Vengo a tratarle de un negocito. De los que a usted le gustan. Tengo que vender mi conuco. Quiero que usted me lo compre. Y bien barato. El comprador que tengo no me conviene. Me ofrece veinticinco pesos. Pero es Tío Zorro.

Tía Gallina saltó de la impresión.

—¿Para qué quiere ese bicho, Dios me ampare, comprar un conuco? Para algo malo. Tío Conejo, no se lo venda, por vida suya. No podríamos vivir seguros.

Tío Conejo asentía con la cabeza.

—Eso es lo mismo que yo digo. Tío Zorro en mi conuco es un peligro.

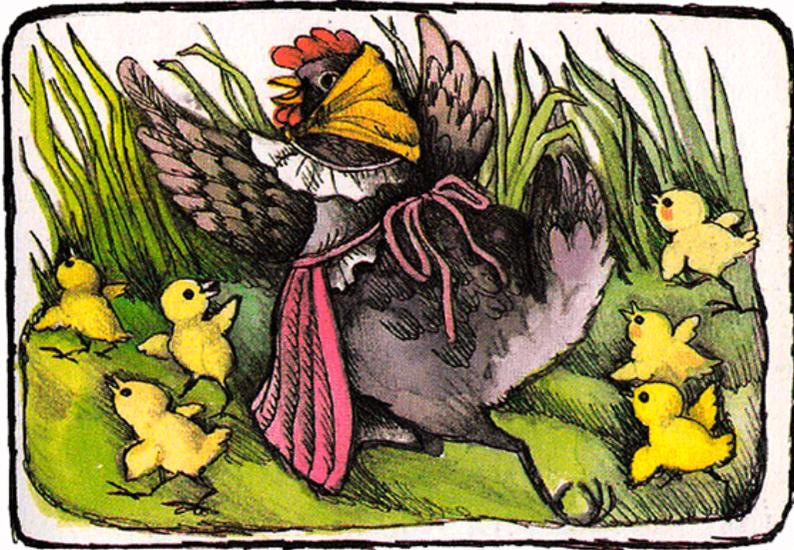
—Un grandísimo peligro —dijo la gallina, sacudiéndose.

—Por eso yo dije esta mañana: mi conuco es para Tía Gallina, sí señor. Ella lo necesita para su negocio. Buenas yucas, buenos plátanos, buen maíz. Y para que Tío Zorro no lo tenga, yo se lo venderé a ella por quince pesos, sí señor.

—¿Quince pesos, Tío Conejo?

—Quince pesos.

Pero, eso sí, con la condición de que me pague ahora y no vaya a recibir el conuco sino dentro de tres días, que es cuando estará la cosecha.



La gallina pagó, esponjada de contento, y seguida de sus hijos, dando voces, se alejó por el patio anunciando a todos:

—Compré un conuco. Compré un conuco.

Pero Tío Conejo, una vez recibido el dinero tampoco se regresó.

En sus ojos se había hecho más vivo el brillo de la malicia.

Con paso resuelto se llegó a la casa de Tío Zorro. Lo encontró en su mesa de trabajo, con los anteojos puestos, escribiendo entre muchos libros. Tío Zorro era el picapleitos. Todo lo enredaba. De todo sacaba una tajada.

Siempre tenía la lengua descolgada asomada por entre los colmillos largos.

Tío Conejo asumió un aire compungido de aflicción:

—¡Ay, Tío Zorro, en qué brollo tan grande estoy metido!



¡San Benito, ampárame! ¡Ay, Tío Zorro, si usted no mete su mano, estoy perdido!

—Cálmate, Tío Conejo, y dime lo que te pasa.

—¡Ay, Tío Zorro! Imagínese.

Yo tengo unas deuditas viejas con Tía Gallina.

—¿Con Tía Gallina? ¡Ujú! —dijo con una expresión feroz de odio.

—Yo le debo unos centavos. Pero usted sabe cómo vivimos los pobres. Que si voy a pagar este mes, y no puedo. Que si voy a pagar el otro y tampoco puedo. Y con los intereses y todas esas vagabunderías, los centavitos se me han vuelto treinta pesos. ¡Treinta pesos! Y ahora Tía Gallina quiere quitarme mi conuco por treinta pesos. Yo prefiero morirme antes que dárselo, Tío Zorro.

Tío Zorro se pasaba la mano por el agudo hocico, perplejo.

—Es complicado el caso. Muy complicado.

Tío Conejo observaba sus reacciones con disimulo.

—¡Ay, Tío Zorro! Yo no sé nada de esto, pero lo único que se me ha ocurrido, aunque no sea sino para darme el gusto de hacerle el daño a Tía Gallina, es venderle el conuco a usted, Tío Zorro. Le ponemos al papel una fecha anterior y por darme el gusto se lo vendo a usted hasta por quince pesos.

—No estaría mal. ¿Quince pesos? ¡Ujú!

—Eso sí. Como yo quiero irme para no verme mezclado en ese embrollo, usted me va a pagar ahora mismo, y vaya a recibir dentro de tres días. Cuando Tía Gallina se presente y lo vea, no le quedarán ni ganas de volver.